

ORACIÓN DEL VIERNES SANTO

MEDITACIÓN CON CRISTO CRUCIFICADO

LAS SIETE PALABRAS

MONITORA

En esta mañana de Viernes Santo, acompañamos a Jesús en la Cruz. Si nos paramos a pensarlo, realmente qué poco sabemos de este crucificado. Qué poco sabemos de su dolor, de su soledad, de su angustia. Y qué poco sabemos de su infinito amor, derramado desde esa cruz sobre todos nosotros, derrochado para lavar y curar nuestros corazones endurecidos y alejados.

Hoy nos hemos reunido porque no queremos quedar indiferentes ante este crucificado. Desde la cruz, Él nos llama, nos mira, nos interpela. Miramos a Jesús y vemos a Dios desnudo e indefenso, doliente y abandonado, que sigue llamándonos a la comunión con él.

Hoy estamos ahí, con él. No importa cómo vengamos, donde nos situemos, si como espectadores o protagonistas en este drama. Realmente no importa si somos malhechores crucificados, soldados, mujeres compasivas, discípulos cobardes en la distancia. Todos tenemos un lugar entre sus brazos extendidos, en su abrazo universal. Para todos tiene hoy una palabra, una mirada.

Santa Teresa nos decía, "no os pido que penséis en él, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con el pensamiento... no os pido más de que le miréis". Eso haremos hoy. Mirarle. Y dejarnos mirar y transformar por él.

CANTO: SUS HERIDAS NOS HAN CURADO

LECTORA

***Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado "de la Calavera", en hebreo "Gólgota". Allí le crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en el medio."* (Jn. 19, 17-18)**

***"La Palabra era la luz verdadera... vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios."* (Jn. 1, 9. 11-12)**

MONITORA

Para acompañar a Jesús en este marco de dolor y soledad, en la medida en que ello es posible, acudimos a una secular tradición de la Iglesia, que ha recogido de los evangelios siete palabras pronunciadas por Jesús desde la cruz, y que generaciones de creyentes han orado y meditado durante siglos. Son palabras que nacen del corazón mismo de Dios, herido y desgarrado por nuestro amor. Recorreremos en clima de oración el camino que abren ante nosotros esas siete palabras, que nos hablan por igual de quién es Dios, y de quiénes somos nosotros para él.

PRIMERA PALABRA

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (Lc. 23, 34)

MONITORA

En la cruz, Jesús, abres tus labios para justificarnos. Nos recuerdas que viniste a buscar a los equivocados, a los ignorantes, a los enfermos, a los cobardes. A todos nosotros.

Padre, perdónalos. Tu primera palabra, y casi también la última, es aquella con que nos enseñaste a dirigirnos a Dios. Padre. Abbá. Aita. Y un padre nunca deja de amar a sus hijos, aunque no sepan lo que hacen, o precisamente por eso.

En estos momentos en que tu iglesia pierde a los ojos del mundo su credibilidad, manchada en muchos lugares con terribles y dolorosas denuncias, más dolorosas cuanto que verdaderas. En que vemos resquebrajarse los vínculos de la unidad y vacilar nuestra confianza. En que parecemos más preocupados por nuestra supervivencia que por tu Reino, por conservar nuestra riqueza que por compartir nuestra pobreza. Cuando en tu redil parecen haber entrado los lobos, o quizá nos hemos vuelto lobos los unos para con los otros.

Tú no juzgas. No condenas. No rechazas.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Perdónanos, oh buen Jesús, porque no sabemos lo que hacemos.

CANTO: PADRE POR TU BONDAD

SEGUNDA PALABRA

"Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso". (Lc. 23, 43)

LECTORA

***"Uno de los malhechores colgados le insultaba: "¿no eres tú el Cristo? Pues isálvate a ti y a nosotros!". Pero el otro le reprendió diciendo: "¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho." Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino." Jesús le dijo: "Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso".
Lc. 23, 39-43***

MONITORA

Jesús, en medio de tu agonía, escuchas el grito del que agoniza a tu lado. Un malhechor. Como tú. Un condenado. Como tú.

Y en medio de tu agonía, tú, varón de dolores, ante quien se vuelve el rostro, haces la promesa más grande, la más audaz, tú, el único que puedes realizarla. "Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso".

Y se la haces, Jesús, a uno de esos a los que nosotros, los buenos, cerramos las puertas de tu paraíso. A uno que, según las leyes de los hombres, merece la muerte.

Qué poco nos parecemos a ti. Qué pronto nos sale la condena. Qué fácilmente apartamos de nuestra asamblea al diferente. No hace falta ni que sea malo según nuestros esquemas, basta que sea distinto. Distinto color, distinta ideología, distinta orientación sexual, distinta condición social, distinta opinión.

Tú, Jesús, desde tu cruz, atraes a todos hacia ti. Limpia nuestros ojos, danos tu misma mirada, para que podamos reconocerte en todos los hijos e hijas de tu Padre. Para que sepamos ver que detrás de lo que nos diferencia y nos separa, todos nos parecemos a ti, nuestro hermano mayor, y todos tenemos sitio en la casa de nuestro Padre.

CANTO: HIMNO AL DIVINO ROSTRO DE JESÚS

TERCERA PALABRA

"Mujer, ahí tienes a tu hijo". Y al discípulo, "ahí tienes a tu madre". Jn. 19, 26ss

LECTORA

"Junto a la cruz de Jesús estaba su madre. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa." Jn. 19, 25-27

MONITORA

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre. Seguramente no hay en este mundo un dolor semejante al de una madre que ve morir a su hijo. Y en el caso de María, al mejor de los hijos. Al Santo, al Inocente.

María no sólo pierde a su hijo en la cruz. Lo pierde en favor de otros, en favor nuestro. Lo pierde por amor a quienes no lo merecemos. En esa aceptación, entre dolores mayores que los de cualquier parto, María, obediente a su Hijo, se nos entrega como Madre. La mejor de las madres.

También nosotros, María, obedientes a tu Hijo, al pie de su cruz, te tomamos como madre. Para que nos enseñes a acoger sin entender, a cobijar sin juzgar, a amar sin pedir explicaciones. Para que nos enseñes a ser discípulos amados de tu Hijo, tú, la más amada, la mejor, la primera de las discípulas. Y para que aprendamos de ti a estar al pie de la cruz, siempre del lado de los que sufren, sin apartar la vista, sin huir cobardemente, sino acogiendo, amando, consolando.

CANTO: STABAT MATER DOLOROSA

CUARTA PALABRA

"Dios, mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Mt. 27, 46

LECTORA

"Desde la hora sexta la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora nona. Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: "¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?", esto es: "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?" Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron: "A Elías llama éste." Mt. 27, 45-47

MONITORA

En estas palabras tomadas del salmo 21, se concentra la experiencia más terrible de todas, la del abandono de Dios. Tanto más terrible en el caso de Jesús, pues el abandonado es aquí el Hijo amado. El que es uno con el Padre, siente aquí la orfandad y la soledad del silencio de Dios.

El grito de Jesús no es un reproche. Es el dolor infinito del amor que sufre y espera. Y es también el grito de todos los desesperados, de todos los abandonados de la tierra. En la cruz, Jesús experimenta el total abandono, la desolación plena, para que todos los dolientes tengan para siempre un motivo de esperanza.

Del silencio de Dios en la cruz brota la luz de la Pascua. De la soledad del Hijo, la comunión con el Padre y el gozo en el Espíritu.

Pero ahora sólo hay silencio, oscuridad. Y amor.

Por todas las veces que nos hemos sentido abandonados por ti, Señor. Por todos nuestros sufrimientos aparentemente inútiles. Por toda la soledad y el silencio soportados. Por todo lo que en algún momento de nuestra vida, quizá ahora mismo, nos ha asemejado a Jesús crucificado. Te bendecimos, Señor, porque arde en nuestra oscuridad la llama de tu amor.

CANTO: EN NUESTRA OSCURIDAD

QUINTA PALABRA

"Tengo sed". (Jn. 19, 28)

LECTORA

"Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la escritura, dice: "Tengo sed".

***Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca para que bebiera."* Jn. 19, 28-29**

MONITORA

Sólo dos palabras que traspasan el alma. Tengo sed. La petición más sencilla, la más necesaria, la más humilde.

Y te dieron vinagre. Como a tantos y tantas hermanos y hermanas nuestros, que nos dicen de mil maneras, con sus vidas, con sus palabras, con sus silencios, "tengo sed". ¿Cuál es nuestra respuesta? ¿Qué les damos?

En tu sed, Jesús, está la sed del mundo, la sed de los pobres, de los oprimidos, de los angustiados. La sed de los enfermos, de los agonizantes. Es para ellos para quienes nos pides agua.

Y en tu sed está también tu deseo ardiente de estar con nosotros, y de que estemos contigo.

En esta mañana, Jesús, también nosotros tenemos sed de ti. Somos pobres como tú, somos pobres de ti. Danos de esa agua que mana de la fuente de tu corazón, para que nunca más tengamos sed. Danos de esa agua, para que aprendamos a saciar la sed de nuestros hermanos.

CANTO: MI ALMA TIENE SED DEL DIOS VIVO

SEXTA PALABRA

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." (Lc. 23, 46)

MONITORA

Jesús, a la hora de tu muerte, con qué confianza descansas tu vida rota en las manos del Padre. Ahora, al final de tu itinerario en la tierra, sabemos que tu vida siempre estuvo ahí, en esas manos amorosas, creadoras, sanadoras, de las cuales eran las tuyas prolongación y memorial. Ya lo has dado todo, no has retenido nada. Tu vida se te ha ido derramando por esos caminos de Galilea, entre los pobres, con los pecadores.

Sólo te queda morir. Y quieres hacerlo como has vivido, entre sus manos.

Jesús, como tú, queremos poner nuestro espíritu, cuerpo y alma en las manos del Padre. Mirándote en tu agonía, aprendemos lo que es la entrega, lo que es verdaderamente dar la vida, toda la vida. Gracias, Señor Jesús, fuente de vida.

CANTO: PADRE EN TUS MANOS

SÉPTIMA PALABRA

"Todo está cumplido" (Jn. 19, 30)

LECTORA

"Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: "Todo está cumplido." E inclinando la cabeza, entregó el espíritu." Jn. 19, 30

MONITORA

La última palabra del Dios desnudo: "todo está cumplido". Y murió. Qué gran paradoja, la más grande de todas. Qué misterio, que excede toda comprensión. Jesús muere, y en el momento mismo del desgarró, de la pérdida, del supremo dolor, apunta ya la luz de la Pascua. Porque "todo está cumplido". El Padre ha terminado su creación, en el Hijo, por el Espíritu. Al morir por amor, el Dios inmortal destruye el poder de la muerte. Al entregarse a la muerte en un acto supremo de libertad, nos redime de nuestra antigua esclavitud.

CANTO: JESÚS INCLINÓ LA CABEZA

Jesús ha cumplido su misión entre nosotros. Ha muerto para resucitar y quedarse para siempre. Para ser Camino, Verdad y Vida. Para enseñarnos a vivir y morir como él. Para que sigamos sus huellas.

Ahora nos toca a nosotros. Es nuestra hora. Tenemos su vida, su muerte, su mensaje. Le tenemos a él. Que el gozo de su Resurrección nos transforme en testigos creíbles. Que nuestras palabras y hechos den testimonio de aquel que nos amó hasta el extremo, y al que querríamos amar y entregarnos en la misma medida.

Siete palabras del corazón de Cristo. Siete palabras que hemos hecho nuestras esta mañana de Viernes Santo, para pronunciarlas con Jesús, para vivirlas como él las vivió.

Queda resonando en nosotros una octava palabra, que también escuchamos muchas veces en boca de Jesús. Contemplando su vida y su muerte, bebiendo sus palabras, escuchando su mensaje, que resuene su voz en nuestro interior, cuando nos dice: "Ahora, id y haced vosotros lo mismo. Y he aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo."